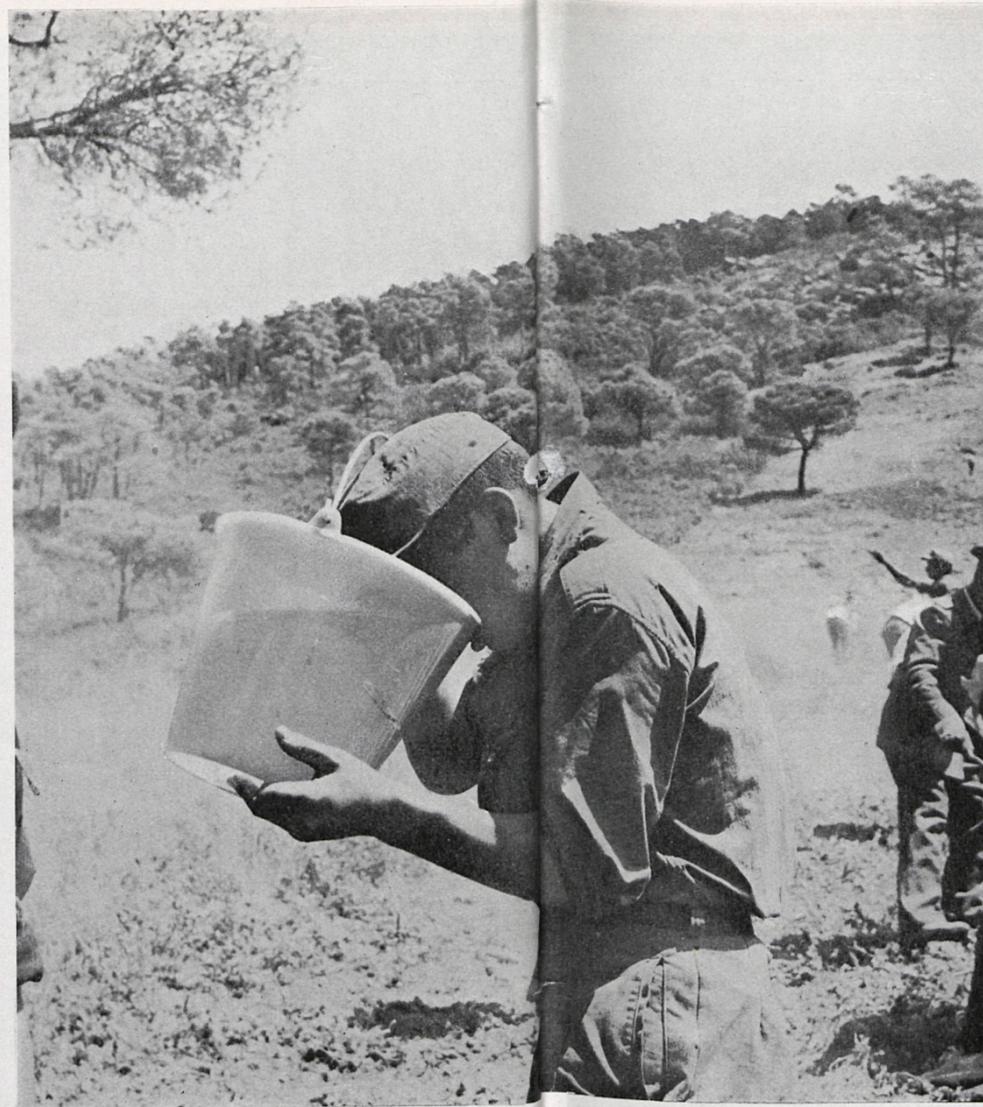
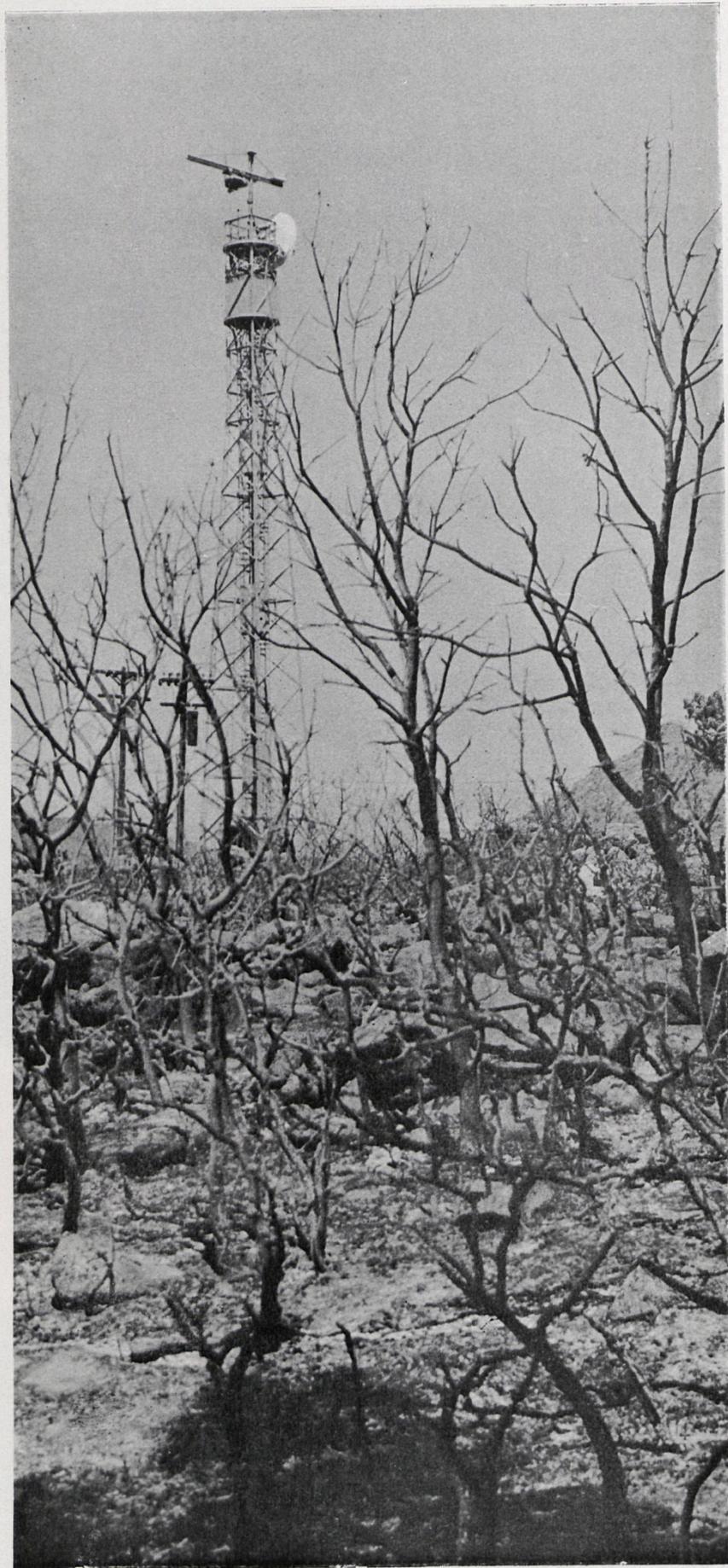




quier servicio de vigilancia en nuestros bosques no tiene fuerza de ninguna clase para castigar de una manera ejemplar al excursionista que tira por descuido o mala intención su colilla encendida, que rompe las botellas graciosamente y abandona los restos, que llena de papeles y de latas de conserva nuestras tierras, que muestra sus malos modos, su falta inaudita de convivencia con los demás de una forma ostensible e irritante. He visto las cinco mil hectáreas largas del incendio que se inició o unos quinientos metros de la central hidroeléctrica del pantano de San

Juan. He recorrido el terreno calcinado. He subido a la torre de colimación de la Estación Espacial de Robledo de Chavela. Me acerqué a la línea principal de comunicación de la estación. Charlé con la Guardia Civil, con soldados de Aviación, con vecinos y autoridades de los pueblos afectados y, sobre todo, he palpado y sentido el aire trágico de los pinos incendiados, de los bosques arrasados. El reportaje gráfico no da cumplida cuenta de los destrozos. No es posible. La mayoría de los pinos que se ven en las fotografías, al parecer en buen estado, se perde-

rán irremisiblemente, están atacados de muerte y nadie podrá salvarlos. Según unos primeros cálculos, las hectáreas siniestradas pasan de cinco mil, el número de pinos perdidos trescientos mil, las encinas —sobre todo en el término de Robledo— son incontables... El valor en pesetas de esta tremenda devastación, producida indudablemente por una imprudencia, no es lo suficientemente expresiva, pues no indica en realidad el verdadero alcance económico de las pérdidas. En un primer cálculo, los árboles perdidos representan una cifra que se aproxima a los cien millo-



nes de pesetas. Pero esas pesetas son un cálculo muy por bajo. Casi todos los bosques incendiados eran bosques públicos, propiedad de los Ayuntamientos. Muchos de ellos tenían, precisamente en esa riqueza, la partida más importante de su presupuesto, casi la

única. Pelayos de la Fresa, uno de los Ayuntamientos afectados, era propietario de un pinar conocido por El Pinarrejo —unas 1.700 hectáreas—, lo que le representó el año pasado unos ingresos, solamente de la venta de piñas, de un millón y medio de pesetas. Pelayos de la Fresa, uno de los





yos de la Presa tiene cuatrocientos habitantes, en números redondos. Creo que la cifra de los ingresos perdidos para más de una generación y el número de los habitantes es lo suficientemente expresiva. Así podía decir de Navas del Rey, el término municipal más afectado; de Robledo, de San Martín de Valdeiglesias y de Cebros, este último en menor cantidad. No quiero destacar aquí los gestos de valor y de esfuerzo de los vecinos de los pueblos afectados, de las unidades de los Ejércitos de Tierra y del Aire, de la Guardia Civil en permanente servicio, de las

Centurias del Frente de Juventudes que se encontraban de marcha en Robledo, de la labor silenciosa y callada de la Sección Femenina. No quisiera olvidarme a nadie, ni al personal de la Estación Espacial, ni a los obreros de la traída de aguas a Madrid y de otras obras que por allí se hacen. Todos estuvieron en la cita contra el incendio, contra la devastación, y a todos ellos pongo por testigo para que acusen con el dedo a todos esos miles y miles de excursionistas o de irresponsables que pueden causar con su actitud casi sistemática de la pérdida de semejante ri-

queza. No me olvido del peligro que corrió la Estación Espacial, cuya línea principal de comunicación fué incendiada en unos doscientos metros y pudo echar al traste con la misión del "Orbiter", en que tantos esfuerzos y afanes se han dado cita. Una de las fotos recoge precisamente la línea provisional que hubo que habilitar y donde todavía se trabaja para colocar el tramo definitivo, trabajo lento debido a que la Estación Espacial funciona casi las veinticuatro horas del día y no puede prescindir de la comunicación directa con las demás estaciones de segui-

